

Carlos Lapetra

EL FUTBOLISTA MAGNÍFICO

Carlos Lapetra, el más grande futbolista aragonés de la historia, está considerado, todavía hoy, como uno de los mejores jugadores españoles de siempre. Fue una zurda de seda tocada por un cerebro clarividente que desplegó un fútbol a veces indolente pero siempre fascinante.

Carlos Lapetra Coarasa nació accidentalmente en Zaragoza, el 29 de noviembre de 1938, donde sus padres, Fidel y Mercedes, oscenses, se encontraban por avatares de la guerra. Con apenas cuatro meses ya vivía en Huesca. Aquí estudió en el Colegio San Viator y en el Instituto, tras el paso entre ambos centros por Jesuitas de Zaragoza. Matriculado en la Facultad de Derecho de Madrid con su hermano Ricardo, ambos compaginan libros y fútbol: juegan a la vez la Liga Universitaria con el equipo de su colegio mayor "Santa María del Campo" y con el C. D. Guadalajara. Carlos tiene 19 años, juega al fútbol primorosamente y Emilio Ara recomienda su fichaje a Faustino Ferrer, presidente del Real Zaragoza.

En el Zaragoza estuvo diez temporadas (1959/1969) coincidiendo con la etapa más brillante de la historia del club, la llamada de "Los Magníficos", gracias a una delantera mítica: Canario, Santos, Marcelino, Villa y Lapetra. Jugó cuatro finales consecutivas de la Copa de España, obteniendo dos títulos. Perdió en 1963 contra el Barcelona de Olivella, Segarra, Koscis y Pereda (1-3), y en 1965 contra el Atlético de Madrid de Rivilla, Calleja, Adelardo y Collar (0-1). La primera final ganada (Santiago Bernabeu, 5 de julio de 1964) fue contra el Atlético de Madrid por 2-1 con goles de Lapetra, Villa y Cardona, y esta alineación: Yarza; Cortizo, Santamaría, Reija; Isasi, Pepín; Canario, Santos, Marcelino, Villa y Lapetra. La segunda (Santiago Bernabeu, 29 de mayo de 1966) fue contra el Atlético de Bilbao de Iribar, Arieta, Uriarte y Rojo, por 2-0, con goles de Villa y Lapetra, y esta alineación: Yarza; Irusquieta, Santamaría, Reija; País, Violeta; Canario, Santos, Marcelino, Villa y Lapetra. Fue campeón además de la Copa de Ferias —luego Copa de la UEFA— en 1964, tras ganar al Valencia por 2-1 en el Nou Camp con goles de Villa y Marcelino. Disputó 279 partidos oficiales con el Real Zaragoza —214 de Liga, todos en Primera División— marcando 62 goles.

No menos gloriosa es su página con la Selección Española, pues formó parte del equipo que ha logrado el mayor éxito del fútbol español: el campeonato de Europa tras vencer en la final (Santiago Bernabeu, 21 de junio de 1964) a la URSS por 2-1 ante 115.000 espectadores y con esta selección: Iribar; Rivilla, Olivella, Calleja; Fusté, Zoco; Amancio, Pereda, Marcelino, Suárez y Lapetra. El seleccionador, José Villalonga, apostó por Lapetra dejando fuera a Gento, que estaba considerado el mejor extremo izquierdo del mundo. Fue también mundialista en Inglaterra 66, jugando contra Alemania. Vistió la camiseta de España en 13 ocasiones.

Hablar del fútbol de Carlos Lapetra es hacerlo de un adelantado a su tiempo, precursor del falso extremo más cerebral que rápido, que se retrasaba al medio del campo para librarse del marcaje del

defensa y desde esa posición organizar el ataque de su equipo gracias a su gran visión táctica del juego y extraordinario toque de balón. Fue el alma de aquel equipo de ensueño llamado de "Los Magníficos" y la continuación del entrenador en el terreno de juego. Dotado de una técnica innata y de una gran elegancia es, sin duda, uno de los futbolistas más talentosos de la historia. Marcó un estilo también

fuera del campo donde su formación universitaria, su pelo largo inusual para la época y sus coches deportivos eran motivo de admiración. Siempre fue un hombre de fuerte personalidad, demostrada, asimismo, al exigir en sus contratos vivir en Huesca, donde se ocupaba ocasionalmente de las tierras de su familia.

Una vez retirado del fútbol se instaló en Huesca, tal vez desazonado por la amarga salida del club zaragocista, que no le renovó su contrato tras una grave lesión mal curada y que nunca ha tenido la grandeza de reconocer debidamente la brillantísima trayectoria e intachable conducta de uno de sus estándares que en su momento de mayor esplendor rechazó ofertas del Real Madrid, Barcelona e Inter de Milán, por no abandonar su tierra y su club. Posteriormente, y en diferentes etapas, fue secretario técnico de la S. D. Huesca y asesor de la Selección Española. El Huesca, bajo la presidencia de José-María Mur, le homenajeó en el Alcoraz el 1 de noviembre de 1972. El 23 de abril de 1993, con una Romareda abarrotada, hizo el saque de honor en el homenaje a "Los Magníficos". Le fue concedida la Medalla al Mérito Deportivo.

De su paso por el Huesca me permito escribir dos anécdotas que viví a pie de césped y que definen su calidad deportiva y

humana. Una, el primer entrenamiento de Paco Buyo, colocado bajo la portería sur del Alcoraz. Fuera del área, una batería de balones que Lapetra mandaba a la escuadra que le parecía con una precisión tele-dirigida. Imaginen la cara de asombro, primero, y de cabreo, después, del gallego. La segunda es personal pero no me la puedo guardar: en el primer mano a mano que tuve contra él en un partidillo de jueves me entró el temblor juvenil y le "entregué" el balón cándidamente. Pues bien, en el segundo balón que disputamos en el mismo partido fui yo quien se lo arrebató "misteriosamente" pues eso era algo casi imposible ya que lo escondía como nadie. Aquel gesto —perfectamente disimulado pero por mí notado—, rarísimo en cualquier futbolista ni aún entrenando, me habló de su grandeza también como persona y me ganó para siempre.

Su último partido fue intenso, jugado durante nueve años contra el cáncer, el contrincante que no perdona. Él lo sabía pero, fiel a sus principios, lo jugó con la misma elegancia, fe y fortaleza de espíritu que en sus días futbolísticos. Y perdió (Zaragoza, 24 de diciembre de 1995), cuando contaba 57 años de edad, como cuando ganaba: con la misma prudencia, con el mismo recato, con un profundo silencio y respeto, sin una queja ni un mal gesto. Pero Carlos Lapetra, vivo en nuestra memoria, siempre será el futbolista que nunca se fue.

JOSÉ-ANTONIO BELLOSTA